

El perfume

DÁMASO MURÚA

Los recuerdos antiguos de Helena meten cizaña en su piel. El taxi corre veloz rumbo al destino que le indicó al chofer. Éste, hedonista por excesivo ojo en tercera dimensión, la observa en silencio y con admiración. Los múltiples semáforos rojos le proporcionarán tiempo para disfrutar de su esbelta figura que va calzada con sandalias ligeras. Esta griega resume con filoso estilete su pasado: contactos con los hombres, luchas insalvables con padres y hermanos; amores heterosexuales fallidos, eventos lesbianos; desnudos en el modelismo pues también trabaja para fotógrafos; su hijo hermoso abandonado, distante muy distante de su vida. Ahorita apenas se acercan a la calle Pino Suárez, doblarán a la izquierda en Teresa de Mier.

Salió muy temprano de su casa. No se duchó, sólo peinó su largo y negro pelo. Las uñas de sus manos claman por un nuevo arreglo; las de sus pies están despin-tadas; gruesas venas hinchadas surten de sangre en circunvalación los dos artejos grandes y cortos, más cortos



que los otros ocho. Alguna rama mediterránea es un donante histórico en el cuerpo de esta mujer antigua y moderna. Ha desempeñado por desesperación de sobrevivencia diversos oficios, algunos restauradores de su autoestima; otros, le causaron humillaciones variadas que por defensa repele. Pero el chofer continúa taladrándola con sus ojos tercos y tenaces. Helena, presa de angustias vivenciales, no percibe a lo ancho y hondo de kilómetros, el voyerismo inocente del conductor. Como es mujer alta cual espiga de maíz, no sufre por sus carnes pegadas al hueso, tiene pequeños senos duros como peras verdes (“que me han salido muy buenos”, presumió un día ante Lorena), su cuerpo entero está tatuado de angulosidades y la luz de sus ojos amortajados por dolores del alma, conforman un espectro sensual y atractivo.

La mañana del otoño citadino está pintada por un color plomizo que comenzó a diluir el sol. Tardó dos transportes en acercarse al Metro y después se hundió en el Zócalo, frente a las torres de Catedral que hace guiños a las nubes deslavadas. Quiere comprarse nueva lencería, llameante y diminuta. Por los olores no se preocupa, pues su carne entre perfumes caros, presenta humores más dominantes y placenteros. “Pocos hombres me han olvidado”, piensa. Dramático es que no ha podido capturar a un Adán que tenga oros, bonos y billetes extranjeros. En varias ocasiones padeció largos periodos de hambre real, que hubiera sorteado fácilmente ejerciendo el oficio antiguo de las mujeres. Después que compró los trapos para cubrir su fina piel de serpiente retornó a su mente la idea vieja. “Sufro para cobrar en nóminas de la burocracia, hoy me gasté casi todo lo que había presupuestado para la quincena distante. Mi tiempo presente no fragua ni tres semanas de futuro. Qué maldita vida tan arrastrada llevo”.

Caminó metros y kilómetros entre océanos de peces parlantes; ojeó aparadores; discutió precios en la calle

Bolívar; se midió zapatos que no compró en 5 de mayo; bebió agua de dulce melón con el fin de ahuyentar la sed de la caminata; deseó unas blusas azules y rojas que vio en Madero; tembló comparándose con las joyas que se venden por toneladas en los portales del Zócalo; soñó toda la mañana en comprarse cosas, baratijas, collares que cubriendo su desnudez íntima le darian más resplandores para la seducción. Está sudando en las axilas y entrepierna. Sus pies exhalan tufo salino inmortal y viejo. El chofer estuvo a punto de estrellarse con un microbús a la altura de la avenida Morazán.

Helena, sadomasoquista y autodestructiva por poca educación y muchísimas vivencias, insiste en dar vueltas en el pozo de su noria. “Soy la Diosa de la Anorexia”; por flaca y descangallada, dicen sus amigas. La posibilidad de prostituirse no la asusta de momento. “Pero pronto cumpliré los treinta años y eso no es futuro, no, no, no.” El fracaso de relación que sufrió en Acapulco, la puso nuevamente desalentada. Se dejó llevar por un primate que ríe cuando firma vouchers de dinero de plástico. Ése, no llevó al puerto billetes del General Calles. Luego germinó, por contradicción e impulsos incontrolables, su amor dominante para Lorena, con quien comparte habitación, cama y guzgodidades de la Isla Mikonos. Las dos viven en la colonia que tiene iniciales de whisky: JB, que no es otra que la Jardín Balbuena.

“Me bañaré llegando a casa; apesto a león echado; me suda todo; y eso que me empantalóné y me puse mis más vetustas y fieles chanclas. Qué vergüenza”.

—¿Adónde la llevo señorita?

—A tal y tal, por centro de la colonia, en el retorno 162, donde están unos edificios azules con blanco. Yo le digo por dónde se vaya.

El chofer tiene olfato de felino. Acostumbra caminar en el taxi con actitud indiferente hacia la masa que transporta, porque apenas con diez horas de volanteo puede cubrir la cuenta que le pide el patrón: ochenta



Alfredo Meléndez

toletes de monedas pequeñas pero que son difíciles de juntar. Es un prietón mirón que se guía por voces, olores, morbideces de brazos y piernas, tobillos finos y uñas pintadas de las mujeres. “Aquí no voy a fallar, por Dios santo que no”.

Está frenando el automóvil frente al edificio de departamentos. Luego dice a la pensativa mujer: ya llegamos, señorita.

—¿Eh? Ah, sí, aquí es el número. ¿Cuánto le debo?

El Tarufi no contesta, no quiere contestar en forma habitual y mercenaria. Duda en atreverse nomás un instante. Ya resuelto propone el pago:

—No me deberá nada, señorita. Si sólo me enseña sus pies desnudos, no le cobraré la dejada...

Helena lo mira a los ojos. Ha visto a tantos machines y machotes sometidos a su influjo y poder, que luego sabe que no miente. Una violación a las doce del día y en el escarabajito automotriz, sería dificultosa, más no imposible. Pero no. “Éste, vive de olores y yo tan apuesto con mis sandalias viejas. Pobre cuate”.

Resuelta, cumple y paga. Se descalza rápidamente, monta en el volante sus dos pies desnudos que divulgan uñas descoloridas; están olorosos eso sí. Las uñas gordas en sus dedos cortos avalan que Helena fue narrada por Homero en aquellos banquetes de reyes del tiempo resplandeciente de esos universos mediterráneos. El chofer empieza a extasiarse. Cierra sus rudos ojos para poder concentrarse, que no se le derrame en el aire este Givenchy; ahora abre desmesuradamente las fosas nasales. Por más de sesenta segundos, esta mujer hizo historia nuevamente con sus pies sucios.

—Muchas gracias, señorita, ya no me debe nada.

Una mezcla de quesos de cotija, parmesano, manchego y camembert, sería una porquería.

Helena se contonea ya rumbo al edificio; al chofer le truenan las velocidades de su escarabajito alemán; todo quedó en un trueque ocurrente, satisfactorio y perfumado. Dijo para sí el agradecido: me eché la canción de Álvaro Carrillo, Sabor a Mí, pero en vivo. 🍷